



Fotografía: Getty Images / Omar Marques

Lo peor está por venir

ANNE APPLEBAUM

Polarización, teorías de la conspiración, ataques a la prensa, una obsesión con la lealtad, la tentación del resentimiento. La historia reciente de Europa del Este contiene lecciones útiles sobre la degradación de las democracias.

E

L 31 DE DICIEMBRE de 1999 organizamos una fiesta. Era el final de un milenio y el principio de uno nuevo; la gente tenía muchas ganas de celebrar. Los invitados eran variados, pero en su mayoría eran polacos; amigos nuestros

y colegas de mi marido, que entonces era segundo del ministro de Exteriores del gobierno. Vino asimismo un puñado de jóvenes periodistas polacos también —ninguno de ellos particularmente famoso— con unos cuantos funcionarios y dos miembros del gobierno.

Se podría haber incluido a la mayoría en la categoría general de lo que los polacos llaman la derecha: los conservadores, los anticomunistas. Pero en ese momento de la historia también se les podría haber llamado liberales —partidarios del libre mercado o liberales clásicos— o quizá thatcheristas. Incluso los que tenían opiniones menos definitivas sobre la economía creían sin duda en la democracia, el Estado de derecho y en una

Polonia miembro de la OTAN que estaba en camino de entrar a la Unión Europea. La música —cintas, en una época previa a Spotify— creó la única división cultural grave de la velada: las canciones que mis amigos estadounidenses recordaban de la universidad no eran las mismas que los polacos recordaban de esa etapa, así que era difícil que todo el mundo bailara al mismo tiempo.

La fiesta duró toda la noche y estaba impregnada de optimismo. Habíamos reconstruido esa casa. Nuestros amigos reconstruían el país. Tengo un recuerdo de un paseo por la nieve —quizá fuera el día antes de la fiesta, quizá el día después— con un grupo bilingüe: todo el mundo parlotaba a la vez, el inglés y el polaco se mezclaban y hacían eco en el bosque de abedules. En ese momento, cuando Polonia estaba a punto de unirse a Occidente, parecía que estábamos en el mismo equipo. Estábamos de acuerdo con respecto a la democracia, con respecto al camino a la prosperidad, con respecto a cómo iban las cosas.

Ese momento ha pasado. Casi dos decenios más tarde, ahora cruzo la calle para evitar a algunas de las

personas que estaban en esa fiesta de Nochevieja. Ellos, a su vez, no solo se negarían a entrar a mi casa: les daría vergüenza admitir que alguna vez estuvieron allí. Más o menos la mitad de la gente que estaba en esa fiesta ya no se habla con la otra mitad. Los distanciamientos son políticos, no personales. Polonia es una de las sociedades más polarizadas de Europa y nos encontramos en lados opuestos de una profunda división, una que cruza no solo a través de lo que solía ser la derecha polaca sino también de la vieja derecha húngara, la derecha italiana y, con algunas diferencias, la derecha británica y la estadounidense.

Algunos de mis invitados polacos siguieron, como hicimos mi marido y yo, apoyando el centro-derecha partidario de Europa, el Estado de derecho y el mercado. Algunos ahora se consideran de centro-izquierda. Pero otros terminaron en un lugar distinto, apoyando un partido nativista llamado Ley y Justicia.

Después de su primer gobierno, entre 2005 y 2007, Ley y Justicia ha abrazado un nuevo conjunto de ideas, no solo xenóforas y profundamente suspicaces del resto de Europa sino también abiertamente autoritarias. A partir de 2015, sus líderes han violado la Constitución nombrando a nuevos jueces del Tribunal Constitucional. Más tarde, el partido utilizó un libreto, también inconstitucional, para intentar controlar a la Suprema Corte. Se apoderó de la televisión pública estatal, Telewizja Polska, despidió a presentadores populares y empezó a emitir propaganda descarada, espolvoreada de mentiras fácilmente refutables. El gobierno se granjeó críticas internacionales cuando adoptó una ley que restringía el debate público sobre el Holocausto. Aunque la ley fue reformada gracias a la presión de Estados Unidos, disfrutaba de un amplio apoyo entre la base ideológica de Ley y Justicia: los periodistas, escritores y pensadores, entre los que había algunos de los invitados a mi fiesta, que creen que fuerzas antipolacas pretenden culpar a Polonia de Auschwitz.

Para ser clara sobre mis intereses y sesgos, debería explicar que parte de las ideas conspiratorias de este grupo giran a mi alrededor. Mi marido fue el ministro de Defensa de Polonia durante un año y medio, en un gobierno de coalición que dirigía el partido Ley y Justicia durante su primera y breve experiencia en el poder; más tarde, rompió con ese partido y durante siete años fue ministro de Relaciones Exteriores en otro gobierno de coalición, esta vez dirigido por el partido de centro-derecha Plataforma Cívica; en 2015 no se presentó a las elecciones. Como periodista y como esposa nacida en Estados Unidos, ese año aparecí en dos revistas partidarias del régimen, *wSieci* y *Do Rzeczy* —antiguos amigos nuestros trabajan en ambas—, como la coordinadora judía clandestina de la prensa internacional y la directora secreta de su cobertura negativa de

Polonia. Historias similares han aparecido en las noticias vespertinas de Telewizja Polska.

Al final, dejaron de escribir sobre mí: la cobertura internacional negativa del país se ha vuelto demasiado extendida como para atribuir a una sola persona, aunque sea judía, toda esa coordinación. Aunque el tema reaparece en las redes sociales de cuando en cuando.

No estamos en 1937. Sin embargo, en mi propio tiempo se produce una transformación paralela, en la Europa en la que vivo y en Polonia. Y está sucediendo sin la excusa de una crisis económica como la que sufrió Europa en los años de 1930. La economía de Polonia es la más exitosa de Europa de los últimos veinticinco años. El país no vivió una recesión ni siquiera tras la crisis financiera global de 2008. La ola migratoria que ha alcanzado a otros países europeos no se ha notado aquí en absoluto. No hay campos de refugiados y no hay terrorismo islámico o terrorismo de ningún tipo.

Algo aún más importante, aunque la gente de la que escribo aquí, los ideólogos nativistas, quizá no tengan el éxito que les gustaría tener, no son pobres y rurales, no son en modo alguno víctimas de la transición política y no son una clase empobrecida y marginada. Al contrario, tienen educación, hablan idiomas extranjeros y viajan fuera.

¿Qué ha producido esta transformación? ¿Algunos de nuestros amigos siempre fueron autoritarios en secreto? ¿O la gente con la que brindábamos en los primeros minutos del nuevo milenio ha cambiado a lo largo de las dos décadas siguientes? Mi respuesta es complicada porque creo que la explicación es universal. Si se dan las condiciones adecuadas, cualquier sociedad puede volverse contra la democracia. Si la historia es algo por lo que podamos guiarnos, es lo que harán todas las sociedades.

Antes de continuar, un recordatorio: todo esto ha pasado antes. El caso Dreyfus dividió a la sociedad francesa en líneas que ahora nos resultan familiares. Los que creían que el capitán francés de origen alsaciano, acento alemán y judío —y que, por tanto, a ojos de algunos no era un verdadero francés— era culpable de haber filtrado información al gobierno alemán fueron la *alt-right* —o el partido Ley y Justicia— de su época. Los *dreyfusards*, en cambio, argumentaban que el Estado francés tenía la obligación de tratar a todos los ciudadanos por igual, fuera cual fuese su religión. Ellos también eran patriotas, pero de otro tipo. Concebían a la nación no como un clan étnico sino como un conjunto de ideales: justicia, honestidad, la neutralidad de los tribunales. Era una visión más abstracta y más difícil de entender, pero no carente de atractivo.

El caso es interesante porque una sola *cause célèbre* arrojó a un país entero a un debate iracundo y creó

divisiones irresolubles entre gente que antes no sabía que estaba en desacuerdo entre sí. Pero eso muestra que había ya ideas muy distintas de lo que era “Francia”, a la espera de ser descubiertas. Hace dos decenios, diferentes ideas de “Polonia” debían estar presentes también, a la espera de que las exacerbaban la oportunidad, las circunstancias y la ambición personal.

Quizá no sea sorprendente. Todos estos debates, sea en la Francia de 1890 o en la Polonia de 1990, tienen en el centro una serie de cuestiones importantes: ¿Quién define una nación? Y, por tanto, ¿quién la dirige? Durante mucho tiempo, pensamos que esas preguntas tenían respuesta.

El Estado iliberal de partido único fue desarrollado por primera vez por Lenin, en Rusia. Es el modelo que muchos de los incipientes autócratas utilizan. A diferencia del marxismo, el Estado leninista no es una filosofía. Es un mecanismo para conservar el poder. Funciona porque define con claridad quién es la élite.

En su momento el partido único derribó el orden aristocrático en Rusia. Pero no puso en su lugar un modelo competitivo y meritocrático. Los puestos en universidades, en la administración pública y en la industria no eran para los más industriados o capaces. Eran para los más leales. La gente progresaba porque estaba dispuesta a seguir las reglas del partido, que beneficiaban a los hijos de la clase trabajadora pero, sobre todo, a la gente que profesaba ruidosamente el credo, que asistía a reuniones del partido. A diferencia de una oligarquía ordinaria, el Estado de un solo partido permite la movilidad ascendente: los verdaderos creyentes pueden progresar. Como escribió Hannah Arendt en los años cuarenta, el peor tipo de Estado de partido único “sustituye de forma invariable talentos de primera fila, al margen de sus simpatías, por chiflados e idiotas cuya falta de inteligencia y creatividad sigue siendo la mejor garantía de su lealtad”.

El sistema de un partido de Lenin también reflejaba su desdén por la idea de un Estado neutral, de funcionarios apolíticos y medios objetivos. Escribía que la libertad de expresión “es un engaño”. Se burlaba de la libertad de reunión diciendo que era un “sintagma hueco”. En cuanto a la propia democracia parlamentaria, no era otra cosa que “una máquina para la supresión de la clase trabajadora”. En la imaginación bolchevique, la prensa podía ser libre y las instituciones públicas podían ser justas una vez que fueran controladas por la clase trabajadora, a través del partido.

Esta burla de las instituciones competitivas de la “democracia burguesa” y el capitalismo tiene desde hace mucho una versión de derecha. En Europa,

dos partidos iliberales de ese tipo están ahora en el poder: Ley y Justicia, en Polonia, y el Fidesz de Viktor Orbán en Hungría. Otros, en Austria y en Italia, forman parte de coaliciones de gobierno o disfrutaban de un apoyo amplio. Estos partidos toleran la existencia de oponentes políticos. Pero utilizan todos los medios posibles, legales e ilegales, para reducir la capacidad de sus oponentes para actuar y limitan la competencia en economía y en política. No les gusta la inversión extranjera y critican la privatización, a menos que esté diseñada para beneficiar a sus simpatizantes. Socavan la meritocracia. Como Donald Trump, se burlan de las ideas de neutralidad y profesionalidad tanto de periodistas como de funcionarios. Desalientan a los negocios para que no se anuncien en los medios de la “oposición”.

Uno de los primeros actos en el gobierno de Ley y Justicia, a comienzos de 2016, fue cambiar la ley del funcionariado para que fuera más fácil despedir a profesionales y contratar a gente del partido. El gobierno despidió a jefes de compañías estatales polacas. Antes, la gente que desempeñaba esos puestos tenía alguna experiencia en los negocios o el gobierno. Ahora esos puestos están, en general, en manos de miembros del partido, de sus amigos y parientes.

Si crees, como ahora lo hacen mis viejos amigos, que a Polonia le iría bien si la dirigiera gente que merece gobernar porque proclama cierto tipo de patriotismo, porque son leales al líder del partido o porque son, por repetir las palabras del propio Kaczyński, una “mejor clase de polaco”, entonces un Estado de partido único es en realidad *más justo* que una democracia competitiva. ¿Por qué se debería permitir que compitan distintos partidos si solo uno de ellos tiene el derecho moral a formar el gobierno? ¿Por qué se debería permitir a las empresas que compitan en un mercado libre si solo algunas son leales y por tanto dignas de alcanzar la riqueza?

El impulso se refuerza, en Polonia y en Hungría y en muchos otros países que fueron comunistas, por la sensación extendida de que las reglas de la competencia son defectuosas porque las reformas de los años noventa fueron injustas. En concreto, permitieron que demasiados excomunistas reciclaran su poder político en poder económico.

Pero este argumento, que hace un cuarto de siglo parecía tan importante, ahora parece débil y superficial. Al menos desde 2005, Polonia solo ha estado dirigida por presidentes y primeros ministros cuyas biografías políticas comenzaron en Solidaridad, un movimiento anticomunista. Tampoco hay un poderoso monopolio empresarial de excomunistas. Ahora mismo el político excomunista más destacado es Stanisław Piotrowicz, un diputado de Ley y Justicia

que, quizá no de manera sorprendente, es un gran enemigo de la independencia judicial.

Sin embargo, este argumento sobre la continuada influencia del comunismo conserva un atractivo para los intelectuales políticos de derecha de mi generación. Para algunos de ellos parece explicar sus fracasos personales. No todo el que era disidente del comunismo en los años setenta llegó a ser primer ministro o autor de *bestseller* o respetado intelectual público después de 1989. Y para muchos esa es una fuente de resentimiento abrasador. Si crees que mereces gobernar, tu motivación para atacar a la élite, golpear a los tribunales y doblegar a la prensa para alcanzar tus ambiciones es fuerte. El resentimiento, la envidia y por encima de todo la convicción de que el “sistema” es injusto: son sentimientos importantes entre los intelectuales de la derecha polaca.

Esto no significa que el Estado iliberal carezca de un atractivo genuino. Pero también es bueno en términos personales para algunos de sus proponentes, hasta tal punto que resulta muy difícil separar los motivos privados de los políticos. Eso es lo que aprendí de la historia de Jacek Kurski, el director de la televisión estatal polaca y principal ideólogo del iliberal Estado polaco. Empezó en el mismo tiempo y lugar que su hermano, Jarosław Kurski, quien edita el periódico polaco más grande e influyente. Son dos caras de la misma moneda.

Para entender a los hermanos Kurski, es importante saber de dónde vienen: de la ciudad portuaria de Gdansk. Alcanzaron la edad adulta a comienzos de los años ochenta, cuando Gdansk era tanto el centro de la actividad anticomunista en Polonia como un terreno atrasado, un lugar donde la intriga y el aburrimiento se medían en dosis iguales. En ese momento particular, en ese lugar particular, los hermanos Kurski destacaban. El senador Bogdan Borusewicz, uno de los activistas del sindicalismo clandestino más importantes de la época, me dijo que su escuela se conocía como “zrewoltowane”, en rebelión contra el sistema comunista. Jarosław representaba la historia y la literatura. Jacek, un poco más joven, estaba menos interesado en la batalla intelectual contra el comunismo y se consideraba un activista y un radical. En la estela inmediata de la ley marcial, los dos hermanos iban a las manifestaciones, gritaban eslóganes y agitaban pancartas. Los dos trabajaron al principio en el periódico estudiantil ilegal y luego en *Solidarność*, el periódico ilegal de la oposición, Solidaridad.

En octubre de 1989, Jarosław se fue a trabajar como jefe de prensa de Lech Wałęsa, el líder de Solidaridad, quien, tras la elección del primer gobierno no comunista de Polonia, se sentía abandonado e ignorado; en el caos que crearon las reformas económicas

revolucionarias y el rápido cambio político, no había un papel obvio para él. En 1990, Wałęsa se postuló a la presidencia y ganó, galvanizando a gente que ya se sentía molesta por las concesiones que habían acompañado el colapso negociado del comunismo en Polonia (la decisión de no encarcelar o castigar a excomunistas, por ejemplo). La experiencia hizo que Jarosław se diera cuenta de que no le gustaba la política, en especial la política del resentimiento: “Vi de qué se trataba... horribles intrigas, buscar basura, campañas de difamación.” Era también su primer encuentro con Kaczyński, “un maestro en ese terreno. En su pensamiento político, los accidentes no existen... Si algo ocurre, fue la maquinación de un *outsider*. *Conspiración* es su palabra favorita”.

Al final Jarosław dejó el trabajo y entró en *Gazeta Wyborcza*, el periódico fundado cuando se celebraron las primeras elecciones parcialmente libres de Polonia, en 1989. En la nueva Polonia, podía ayudar a crear una prensa libre, me dijo, y eso fue suficiente para él. Jacek fue justo en dirección opuesta. “Eres un idiota”, le dijo a su hermano cuando se enteró de que había dejado de trabajar para Wałęsa. Jacek ya estaba interesado en su propia carrera política. Siempre —en palabras de su hermano— estuvo fascinado por los hermanos Kaczyński, por las intrigas, los planes, las conspiraciones. No estaba interesado en las características del conservadurismo polaco, en los libros o en los debates que habían cautivado a su hermano. Una amiga de ambos me dijo que no creía que Jacek tuviera ninguna filosofía política. “¿Es un conservador? No creo que lo sea, al menos no según una definición estricta del conservadurismo. Es una persona que quiere estar en la cima.”

El relato completo de lo que hizo Jacek requeriría más espacio que un artículo de revista. Al final se volvió contra Wałęsa, quizá porque no le dio el trabajo que pensaba que merecía. Demandó varias veces al periódico de su hermano, y el periódico hizo lo mismo con él. Coescribió un libro feroz e hizo una película conspiratoria sobre las fuerzas secretas alineadas contra la derecha polaca. Fue afiliado de distintos partidos y facciones, a veces bastante extremas, a veces más centristas. Fue miembro del Parlamento Europeo. Se especializó en lo que se denomina relaciones públicas negras. Es célebre que ayudó a torpedear la campaña presidencial de Donald Tusk (quien acabó siendo primer ministro), en parte extendiendo el rumor de que Tusk tenía un abuelo que se había unido de manera voluntaria al ejército nazi. Cuando le preguntaron por su intervención, Jacek supuestamente dijo a un pequeño grupo de periodistas que, por supuesto, no era cierto, pero “los campesinos ignorantes se lo creerán”.

Jacek no ganó el aplauso popular que pensaba que era su derecho como activista adolescente de Solidaridad. Fue una decepción enorme. En 2015,

Kaczyński sacó a Jacek de la relativa oscuridad de la política extremista y lo hizo director de la televisión pública. Desde que llegó a Telewizja Polska, el joven Kurski la ha vuelto irreconocible, ha despedido a los periodistas más famosos y ha reorientado de manera radical su política. Aunque la emisora recibe dinero de los contribuyentes, los noticieros no tienen la menor pretensión de neutralidad u objetividad. Bajo el partido Ley y Justicia, la televisión estatal no solo produce propaganda del régimen; celebra el hecho de que lo hace. No solo tergiversa y manipula información; disfruta del engaño.

Jacek —privado de respeto durante tantos años— tiene por fin su venganza. Está donde cree que debería estar: en el centro de atención, el radical que arroja cocteles molotov figurativos a la gente. El Estado iliberal de partido único es perfecto para él. Y si el comunismo ya no está disponible como verdadero enemigo, habrá que encontrar nuevos enemigos.

De Orwell a Koestler, los escritores europeos del siglo xx estaban obsesionados con la idea de la Gran Mentira. Los vastos constructos ideológicos que eran el comunismo y el fascismo eran tan absurdos e inhumanos que requerían de una violencia prolongada para imponerse y de la amenaza de la violencia para mantenerse. Requerían una educación forzada, un control total de la cultura. Por el contrario, los movimientos políticos polarizadores del siglo xxi en Europa exigen mucho menos a sus seguidores. No requieren la creencia en una ideología total, y por lo tanto no necesitan la violencia o la política del terror. No obligan a la gente a creer que el negro es blanco, que la guerra es la paz y que las granjas estatales han conseguido aumentar en un 1000% su producción prevista. Y sin embargo todos dependen, no de una Gran Mentira, pero sí de lo que el historiador Timothy Snyder una vez me dijo que debería denominarse una Mentira Mediana, o quizá un conjunto de Mentiras Medianas. Por decirlo de otra manera, todos ellos invitan a sus seguidores a que, al menos una parte del tiempo, entren en una realidad alternativa. A veces esa realidad se desarrolla de forma orgánica; más a menudo, es elaborada con cuidado, con la ayuda de técnicas modernas de *marketing*, segmentación de audiencias y campañas en redes sociales.

Los estadounidenses saben cómo una mentira puede aumentar la polarización e inflamar la xenofobia: Donald Trump llegó a la política estadounidense de la mano del *birtherism*, la idea falsa de que el presidente Obama no nació en Estados Unidos, y que preparó el camino para otras mentiras, desde los “mexicanos violadores” hasta el “Pizzagate”. Pero en Polonia, y también en Hungría, ahora tenemos

ejemplos de lo que pasa cuando quien propaga una Mentira Mediana —una teoría de conspiración— es primero un partido político, en su eje principal de campaña, y luego un partido en el gobierno, con toda la fuerza de un Estado moderno y centralizado detrás.

En Hungría, la mentira no es original: es la creencia, compartida por el gobierno ruso y la *alt-right* estadounidense, en los poderes sobrehumanos de George Soros, el judío multimillonario húngaro que supuestamente está detrás de un complot para destruir la nación a través de la importación deliberada de migrantes, a pesar de que no existen esos migrantes en Hungría.

En Polonia, la mentira es al menos sui generis. Es la teoría de la conspiración de Smolensk: la creencia de que un complot infame derribó el avión del presidente en abril de 2010. La historia tiene fuerza especial en Polonia porque el accidente tenía ecos históricos inquietantes. El presidente que falleció, Lech Kaczyński, iba a un acto en conmemoración de la masacre de Katyn, el lugar donde Stalin asesinó a más de veintiún mil polacos —una buena parte de la élite del país— en 1940. Una ola inmensa de emoción surgió tras el accidente. Al principio parecía que la tragedia uniría al país. Después de todo, políticos de cada partido importante estaban en el avión. Pero el accidente no unió a la gente. Tampoco la investigación sobre sus causas.

Al principio, parece que Jarosław Kaczyński creyó que se trataba de un accidente. Pero a medida que la investigación fue avanzando, sus resultados dejaron de gustarle. No había nada mal en el avión. Quizá, como mucha gente que confía en las teorías conspiratorias, Kaczyński simplemente no podía aceptar que su querido hermano hubiera muerto en vano, por accidente. O quizá, como Donald Trump, vio que la teoría conspiratoria podría ayudarlo a obtener el poder.

Kaczyński usó la tragedia de Smolensk para galvanizar a sus seguidores, y convencerlos de no fiarse del gobierno o de los medios. A veces ha sugerido que fue el gobierno ruso el que derribó el avión. En otras ocasiones, ha culpado al anterior partido en el gobierno, ahora el mayor partido de la oposición, de la muerte de su hermano: “¡Lo destrozaron, lo asesinaron, son escoria!”, gritó en el parlamento.

Pero ninguna de sus acusaciones tiene pruebas. Quizá para distanciarse de algún modo de las mentiras que había que contar, encargó la tarea de promoverlas a uno de sus camaradas, Antoni Macierewicz. Tan pronto como el partido ganó, Kaczyński nombró a Macierewicz, quien de inmediato comenzó a institucionalizar la mentira de Smolensk. Creó una nueva comisión de investigación compuesta por personas sin conocimientos sobre accidentes de avión. El

anterior informe oficial se eliminó del sitio web del gobierno. La policía entró en las casas de expertos de aviación que habían testificado durante la investigación original, los interrogó y confiscó sus computadoras. La decisión de colocar una fantasía en el centro de la política gubernamental fue el origen de las acciones autoritarias que siguieron.

Aunque la comisión de Macierewicz no produjo nunca una explicación alternativa al accidente, aquellos que aceptaron esa elaborada teoría conspiratoria, sin ninguna evidencia, podían aceptar cualquier cosa. Podían aceptar, por ejemplo, la promesa rota de no poner a Macierewicz en el gobierno. Podían aceptar —a pesar de que Ley y Justicia es supuestamente un partido patriótico y anti-Rusia— las decisiones de Macierewicz de promover a gente con vínculos extraños con Rusia o asaltar un edificio de la OTAN en Varsovia en mitad de la noche. La mentira también regaló a los soldados de a pie de la extrema derecha una base ideológica para tolerar otras ofensas. Da igual los errores que pueda cometer el partido, las leyes que pueda romper, al menos la “verdad” sobre Smolensk finalmente será contada.

La teoría conspiratoria de Smolensk, como la falsa teoría sobre la inmigración en Hungría, tenía otro propósito: para una generación más joven que ya no recuerda el comunismo, ofrecía una nueva razón para desconfiar de los políticos, empresarios e intelectuales que emergieron de las luchas de los años noventa y que ahora dirigen el país. Más aún, ofrecía un medio para definir una nueva y mejor élite. No hacía falta competencia o exámenes o un currículum lleno de logros. Cualquiera que profese la creencia en la mentira de Smolensk es por definición un verdadero patriota y, por casualidad, está calificado para un trabajo en el gobierno. La atracción emocional de una teoría de conspiración está en su capacidad para simplificar fenómenos complejos y la posibilidad del azar o el accidente ofrece al creyente la sensación satisfactoria de tener un acceso especial y privilegiado a la verdad. Pero separar el atractivo de la conspiración de las maneras en que ayuda a las carreras de aquellos que la promueven es muy difícil. Para aquellos que repiten y promueven las teorías de conspiración oficiales, la aceptación de estas explicaciones simples también proporciona otra ventaja: poder.

No hace mucho le describí a un politólogo griego mi fiesta de Año Nuevo de 1999. Se rio de mí en silencio. O más bien, se rio conmigo; no quería ser maleducado. Lo que yo llamaba polarización no era nada nuevo. “El momento liberal después de 1989 fue una excepción”, me dijo Stathis Kalyvas, autor de varios libros sobre guerras civiles. La polarización es normal.

Más aún, el escepticismo hacia la democracia liberal es también normal. Y la atracción del autoritarismo es eterna.

Es un recordatorio útil. Los estadounidenses llevamos tiempo convencidos de que la democracia liberal, una vez conseguida, no puede alterarse. La historia de Estados Unidos se cuenta como una historia de progreso, siempre hacia adelante y hacia arriba.

La historia, en cambio, parece ser circular en algunas partes de Europa. La división que ha fracturado Polonia es parecida a la que dividió a Francia durante el proceso de Dreyfus. El lenguaje usado por la derecha radical europea es inquietantemente similar al empleado alguna vez por la izquierda radical europea. La presencia de intelectuales que sienten que las reglas no son justas y que la gente errónea tiene influencia ni siquiera es única de Europa. El escritor venezolano Moisés Naím me pidió que le describiera a los nuevos líderes de Ley y Justicia. Le di varios adjetivos: *enfadados, vengativos, resentidos*. “Parecen chavistas”, me dijo.

En realidad, el debate sobre quién debe gobernar nunca termina. Algunos de nosotros nos hemos acostumbrado a la idea de que las diversas formas de competencia democrática y económica son la alternativa más justa al poder heredado o por decreto.

Pero no debería sorprendernos —no debería haberme sorprendido— cuando los principios de la meritocracia y la competencia son desafiados. La democracia y los mercados libres pueden producir consecuencias insatisfactorias, en especial cuando se regulan mal o cuando la gente entra a la competencia desde puntos de partida muy diferentes. Tarde o temprano, los perdedores acaban cuestionando el propio valor de la competencia.

Más aún, los principios de la competencia, incluso cuando fomentan el talento y crean movilidad ascendente, no responden a preguntas más profundas sobre la identidad nacional ni satisfacen el deseo de pertenecer a una comunidad moral. El Estado autoritario, o incluso el semiautoritario —el de partido único, el iliberal—, ofrece esa promesa: que la nación será gobernada por la mejor gente, los miembros del partido, los creyentes de la Mentira Mediana. Quizá la democracia tiene que moldearse y los negocios tienen que corromperse y los tribunales deben destrozarse para conseguir ese Estado. Pero si crees que eres uno de los elegidos, no tendrás problema con ello. —

*Traducción del inglés de Ricardo Dudda y Daniel Gascón.
La versión completa de este texto fue publicada originalmente
en The Atlantic y aparecerá en el sitio web de Letras Libres.*

ANNE APPLEBAUM es escritora. Entre sus libros están *Gulag* y *El telón de acero*, ambos en Debate. En 2017 publicó *Red famine: Stalin's war on Ukraine*.